

Miguel Benzo Mestre
11/11/63

MIGUEL BENZO MESTRE

el trabajo estudiante
en el
plan de Dios

Este trabajo fué presentado por don Miguel Benzo a la Sesión Mundial de la JEC internacional, celebrada en Maguncia, en agosto de 1961, como aportación teológica al tema de dicha Sesión:

"El trabajo estudiante en el desarrollo del mundo".

1. EL HOMBRE ANTE EL MUNDO

La existencia no se presenta al hombre como un ser, sino como un devenir. No es algo dado, sino algo que ha de hacerse. Es una tarea. Ciertamente que hay un punto de partida, una situación. Esa semilla de hombre tiene sus leyes propias, y no puede convertirse en árbol o en piedra. Pero la ley fundamental de esa semilla de hombre es que no puede permanecer inmóvil: ha de realizarse. Y lo peculiar del desarrollo es que no es un simple crecimiento exterior, sino un crecimiento interior. Un crecimiento psicológico. El hombre se realiza por el conocimiento, por el amor, por la acción. Pero lo más original del desarrollo humano es que es un desarrollo libre. Dentro del cuadro indesbordable de los límites de la naturaleza humana, el hombre decide qué hombre ha de llegar a ser. O por lo menos, qué proyecta llegar a ser. Pues su proyecto no siempre se realiza.

Todas las antropologías han reconocido este carácter primordial de tarea a la vida humana, aunque para la metafísica pesimista del Budismo la tarea de hombre consista en deshumanizarse, en encaminarse a la nada. Desde la visión griega del hombre como haz de apetitos, hasta las actuales concepciones del hombre como "preserse" (Heidegger), como proyecto (Sartre), o como esperanza (Marcel), el hombre ha sido entendido siempre como una tensión hacia lo que aun no es, como una búsqueda radical.

También para la Biblia es fundamental el concepto de la vida humana como una tarea que ha de realizarse. Pero esa tarea tiene para la Revelación bíblica un carácter esencial, desconocido para el pensamiento griego: no es tanto una decisión, cuanto un llamamiento. Lo que importa no es tanto el proyecto de vida que el hombre hace, cuanto el proyecto que Dios ha hecho sobre su vida. Es la vocación. Porque el sentido de cada existencia viene más bien dado por vocación que por decisión. Dios llama al hombre a que realice libremente un destino. Abraham oye el llamamiento divino en Ur de Caldea; Moisés, en el monte Horeb; Amós, detrás de su rebaño; Samuel, en el Templo; los primeros apóstoles, a la orilla del mar; Pablo, a caballo, mandando un destacamento de perseguidores... Y el Nuevo Testamento designa a los cristianos simplemente como los "kletoi", los llamados (1 Cr 1, 24). La misma palabra "Iglesia", de idéntica raíz, significa la asamblea llamada, convocada por Dios.

Aparte de los designios especiales que pueda Dios tener sobre cada hombre, todos somos llamados por él a una meta común: alcanzar la vida eterna mediante la realización de nuestro destino terreno: "He aquí lo que es bueno y lo que agrada a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tm 2, 3-4).

Pero ni en cuanto proyecto natural, ni en cuanto proyecto de Dios, puede el hombre realizarse a sí mismo en el vacío, en monólogo solitario. El hombre ha de realizarse necesariamente en diálogo con lo que está fuera de él, con los objetos, con el mundo. He aquí otra ley esencial de la existencia humana. El hombre se hace, devie

ne, tanto en el plano natural como en el sobrenatural, entrando en relación cognoscitiva, volitiva, estigmática, práctica, con el ser. El hombre deviene humano por mediación del mundo.

Conviene, antes de continuar, detenernos un momento a esclarecer el sentido del concepto "mundo", porque son diversos los sentidos en que puede ser utilizado. Cabe, en primer lugar, entender por mundo, lo opuesto a la conciencia, es decir, todo lo objetivo. En esta acepción se contraponen, pues, el yo y el mundo.

Por mundo cabe entender también el conjunto de seres. Pero en esta acepción caben diversos grados de universalidad. Puede incluirse en el concepto de mundo, tanto los seres reales como los seres ideales. Cabe limitarlo únicamente a lo que existe en la realidad, abarcando tanto el ser infinito como el ser finito. Es posible también, entender por mundo, el conjunto de seres reales finitos, sean o no visibles. Y cabe, finalmente, entender por mundo, el conjunto de seres reales finitos y visibles. En este último sentido lo utilizamos aquí.

Hemos dicho que el hombre se realiza a sí mismo necesariamente en relación con el resto del mundo, es decir, con los demás hombres y con las cosas. Pero he aquí que esta ley fundamental de la existencia humana presenta una propiedad no poco misteriosa, que ha sido siempre uno de los temas básicos de la reflexión filosófica y religiosa: esta propiedad es la resistencia que presenta el mundo a abrirse a cada hombre, a abrirse a la conciencia. El mundo no se presta fácilmente a servir de medio para la realización de lo humano. El hombre ha de forzar, ha de violentar al mundo para poder utilizarlo en su propio perfeccionamiento. Y ello tanto en el plan del conocimiento intelectual, como en el plano de la acción exterior.

Este esfuerzo del hombre para establecer diálogo con el mundo, es el trabajo. Por el trabajo, el hombre se realiza a sí mismo mediante el mundo.

Pero este esfuerzo, que implica necesariamente la relación entre el hombre y el mundo, tiene dos aspectos fundamentales: el esfuerzo de abrir el mundo al hombre; el esfuerzo de abrir el hombre al mundo. De aquí la clasificación básica del trabajo en trabajo de contemplación y trabajo de transformación.

Porque no es tarea nada fácil la de abrir nuestro espíritu a la verdad. Hay en nos otros una tendencia innata hacia la mentira, hacia el engaño de nosotros mismos, hacia la superficialidad, hacia la evasión. Heidegger lo ha visto claramente. Enfrentarnos con los hombres y con las cosas tal como son, abrirnos a su realidad más auténtica y profunda, respetando el ser de las cosas, aceptándolas tal como son y no tal como a nosotros nos convendría que fueran, no es ciertamente actitud fácil. Huir la tentación de lo divertido, de lo ligero, de lo aparente, sumirse en la meditación, en la reflexión, en la contemplación de la realidad, he aquí el más alto de todos los trabajos del hombre. Las voces más clarividentes vienen desde hace años proclamando que el gran peligro de nuestra cultura es el de dar la primacía al trabajo transformador sobre el trabajo contemplativo. Querer manejar el mundo, es decir, manejar a los hombres y a las cosas antes de saber lo que son. Utilizar el mundo sin respetarlo. Hacer de él un instrumento sin haber descubierto el fin para el que hemos de emplearlo. Heidegger ha dicho en frase famosa que el hombre se creó el dueño del ser, cuando no es más que el pastor del ser. Pero aunque este trabajo de abrirnos a nosotros mismos a la verdad sea el primero y más grave de nuestros trabajos, es innegable que junto a él, el hombre necesita para

ser hombre, del trabajo transformador del mundo, es decir, del trabajo técnico. Este trabajo de transformación del mundo tiene diversas modalidades. Ante todo, el trabajo de transformación intelectual: la inteligencia no solamente contempla, sino que ordena, clasifica, experimenta. Este conocimiento científico implica ya una transformación del mundo.

Viene después el trabajo transformador de los otros hombres. Y dentro de él, dos grandes modalidades: el trabajo de educar al individuo y el trabajo de construir las diversas comunidades humanas, el trabajo social.

Finalmente tenemos el trabajo transformador de las cosas, es decir, la técnica en sentido estricto, desde las formas más simples del trabajo manual a las más complejas de la alta ingeniería.

De todo lo dicho se deduce claramente que no es posible separar las ideas de mundo y de trabajo, Nuestra actitud, nuestra valoración del trabajo, en sus diversas modalidades, dependerán necesariamente de nuestra actitud y nuestra valoración del mundo. Para comprender cuál es la actitud cristiana ante el trabajo, tenemos que relacionarla con la actitud cristiana ante el mundo. Y para ello, a su vez, tendremos que situar el pensamiento cristiano sobre el mundo y el trabajo, en una breve comparación con las restantes grandes concepciones no cristianas.

2. LAS DIVERSAS CONCEPCIONES DEL MUNDO Y DEL TRABAJO

La valoración metafísica del mundo y del trabajo responde a cuatro posiciones fundamentales: el pesimismo metafísico, el dualismo metafísico, la metafísica dialéctica y el optimismo metafísico.

PARA EL PESIMISMO METAFISICO, ser es un mal. A más intensidad de ser, mayor mal. A más existencia, más sufrimiento. La atonía es mejor que el deseo, la inercia mejor que la acción, la indiferencia mejor que el amor. Es la metafísica del budismo. Pero también en Occidente y en nuestro tiempo tiene sus seguidores: ¿qué es en el fondo el ansia burguesa de seguridad sino un miedo a la vida, una creencia de que en el mundo hay que esperar más males que bienes, y que, por ello, es preferible comprometerse en él lo menos posible?

Se deduce, pues, claramente, que para el pesimismo metafísico todo trabajo es un mal. La única tarea del hombre es precisamente la renuncia a la acción. Solamente mediante la extinción de todo deseo y de toda actividad alcanzamos la liberación del sufrimiento en el nirvana.

PARA EL DUALISMO METAFISICO no existe un solo mundo, sino dos completamente heterogéneos entre sí: el mundo del bien y el mundo del mal. El dualismo ha tenido dos formulaciones clásicas: el dualismo persa del Dios bueno y el Dios malo, que tuvo su versión cristiana en la doctrina de Marción, que distinguía entre el Dios bueno del Nuevo Testamento y el Dios malo del Antiguo. Y el dualismo de Platón, que distingue entre un principio bueno que es el espíritu y un principio malo que es la materia. Este dualismo platónico tendría una inmensa influencia en las herejías cristianas que forman la gran corriente del Gnosticismo.

El gnosticismo es una amplísima corriente ideológica de orígenes oscuros, que intenta dar una interpretación dualista a la Revelación bíblica. Sabemos ahora que existía ya un Gnosticismo judío: en los documentos del Qumran tiene gran importancia el dualismo de la luz y de las tinieblas. El Gnosticismo cristiano fué el primer movimiento herético que escindió la Iglesia apenas nacida. Los gnósticos consideraban la materia intrínsecamente mala, y negaban, por tanto, en la dogmática, que Jesús hubiera tenido un cuerpo real; y en lo ético, la necesidad del trabajo manual y de toda forma de sexualidad.

Pero también en el Protestantismo, y particularmente en el Calvinismo, hay influencias dualistas: el hombre caído por el pecado original, se contraponeradicamente a Dios, y el mundo de lo natural se considera como intrínsecamente corrompido. Se ha señalado la gran influencia que esta concepción calvinista ha tenido en el modo de entender el trabajo. Si lo natural es algo separado radicalmente de Dios, -- el trabajo humano pierde toda dimensión religiosa. Se convierte en un juego sin importancia. El cristiano aguarda la segunda venida de Jesús y, entre tanto, se entretiene en ejercer una profesión, fundar una familia, vivir la vida social. El máximo pensador contemporáneo del Calvinismo, Karl Barth, ha escrito: "La cultura es un juego serio que no puede ni debe ser cristianizado".

La tercera gran actitud ante el mundo y el trabajo es la de la METAFISICA DIALECTICA. Para ella, el mundo es un perpetuo devenir, una evolución esencial. Pero esta evolución no es rectilínea, sino que se realiza en un sucederse de fuerzas con trapuestas a la realidad, que son superadas posteriormente en una síntesis que supone un mayor y más alto grado de desarrollo histórico de la realidad única subyacente a todas las antítesis. Esta única realidad cósmica es de diferente naturaleza para las dos grandes expresiones de la metafísica dialéctica: es la idea para el hegelianismo; y es la Materia para el marxismo.

Es claro que esta concepción dialéctica del mundo lleva consigo una particular concepción del trabajo. Para Hegel, el trabajo es una forma del devenir; mediante el trabajo se realiza la unificación del hombre con la naturaleza, con la colectividad, y últimamente con el Espíritu Universal. El hombre no es sino un momento dialéctico de ese trabajo que realiza el Espíritu; momento que debe ser superado para que cesen las alienaciones esenciales y el Espíritu se realice a sí mismo.

Marx y Engels aceptan la interpretación hegeliana de la historia como movimiento dialéctico, pero afirman que su substrato no es la idea, sino la materia. "Así escriben-, la dialéctica hegeliana queda enderezada, o para decirlo más exactamente, mientras antes se apoyaba sobre la cabeza, de nuevo vuelve a apoyarse sobre los pies". Lo que para Hegel eran alienaciones metafísicas, son para Marx alienaciones sociales. En el marxismo se identifican hombre y trabajo. El trabajo hace al hombre. Pero he aquí que en el momento histórico en que estamos, el trabajo del hombre está alienado por la división de clases y la explotación capitalista. Solamente si se devuelve al trabajo técnico su auténtico sentido humano mediante un trabajo de revolución social, el hombre podrá encontrarse a sí mismo. Es característica de toda la metafísica dialéctica la consideración exclusiva del trabajo transformador (tanto intelectual como técnico), con olvido completo del trabajo contemplativo.

3. CONCEPTO BIBLICO DEL MUNDO Y DEL TRABAJO

Para el optimismo metafísico, ser y bien se identifican. Todo cuanto es, es bueno.

Y a mayor intensidad de ser, mayor bien. De aquí que la acción, en su más amplio sentido, en cuanto implica un existir más pleno, suponga, por tanto, mayor plenitud de bien.

Pero dentro del optimismo metafísico caben dos posiciones muy distintas: el optimismo ingenuo y el optimismo ambiguo.

Para el OPTIMISMO INGENUO, el mundo, hombres y cosas, es bueno y no puede dejar de serlo. Actuar es siempre un bien. Toda relación del hombre con el resto del mundo, toda modificación que en él se implante, todo cuanto suponga un mayor dominio de las cosas, todo es intrínsecamente bueno. Es la actitud del optimismo progresista, tan en boga a fines del siglo pasado, pero viviente aún de modo inexplícito en nuestros días. Es claro que para este optimismo ingenuo, el trabajo es necesariamente bueno y conduce inevitablemente hacia un perfeccionamiento creciente de la Humanidad.

La Biblia, y por tanto también la Iglesia, profesan el OPTIMISMO METAFÍSICO. Pero no un optimismo ingenuo, sino un optimismo AMBIGUO. Trataremos de mostrar con claridad el sentido preciso de esta afirmación.

Frente a todo pesimismo y a todo dualismo, la metafísica subyacente de la Biblia es el optimismo. Todo el ser es, por naturaleza, bueno, creado y gobernado por Dios que es el Ser supremo y el Bien absoluto. Los redactores del Antiguo Testamento eliminaron cuidadosamente todo dualismo que probablemente existía en algunas de las fuentes utilizadas, y del que pudieran ser residuos las referencias a las aguas caóticas o al Leviatán. El Dios bíblico es el Señor absoluto del ser, ante quien no se alza ninguna potestad enemiga que escape a su dominio. El es el origen único del cosmos y de la vida, como lo atestiguan los primeros capítulos del Génesis.

Como obra de Dios, todo cuanto existe es bueno: "Dios vió todo cuanto había hecho: era bueno" (Gn 1,31). "Las obras del Señor son todas buenas..." (Ecco. 39,33) "Sí, Yu amas a todos los seres y no te desagrada nada de cuanto has hecho" (Sb. 11,24).

Es verdad que en el Antiguo Testamento se habla de espíritus malignos: Azazel, Lilith, Asmodeo, Satán, etc. Su papel, muy reducido en los textos más antiguos, se acrecienta cuando Israel entra en contacto con la religión persa. Pero todos estos espíritus tienen poderes muy restringidos y completamente subordinados a Yavé: el famoso prólogo del Libro de Job, parodiado por Goethe, lo pone bien de manifiesto.

Tampoco admite el Antiguo Testamento un dualismo interior al ser humano. El hombre es considerado como una unidad ontológica con diferentes aspectos. Los términos que se le aplican: espíritu (ruah), alma (nefesh), carne (basar), corazón (leb), sirven para designar la totalidad de su ser, según se le considere predominantemente desde el ángulo psíquico, vital, físico o intelectual. Es cierto que el hombre surge de la síntesis de dos elementos: la carne (o, poéticamente, el polvo) y la vida o el espíritu, que viene directamente de Dios, único viviente y único espíritu por derecho propio:

"entonces Yavé Dios modeló al hombre con el barro del suelo, le insufló en las ventanillas de la nariz un soplo de vida, y el hombre fué alma viviente" (Gn 2,7)

A la muerte, la carne torna a la tierra, y el espíritu a Dios: "...el polvo vuelve a la tierra como vino a ella, y el espíritu, a Dios, que lo ha dado" (Ectes 12,7)

Pero entre ambos, no hay oposición alguna, ni menos aún consideración peyorativa del elemento corporal. Mas sólo en el libro de la Sabiduría, escrito en griego unos cincuenta años antes de Cristo, se advierte una leve huella de dualismo platónico:

"Los pensamientos de los mortales son temerosos, y nuestros designios, inestables, porque un cuerpo corruptible graba al alma, y esta tienda de arcilla pesa sobre el espíritu de los mil pensamientos" (Sb 9, 14-15).

El optimismo es también la metafísica subyacente a todo el Nuevo Testamento, aunque en él, como más adelante veremos, las fuerzas del mal tengan un papel más importante que en el Antiguo. Porque el Nuevo Testamento es el relato de un combate entre los poderes malignos, que se han apoderado del cosmos, y Dios. Pero es también el relato del infalible triunfo final y absoluto de Dios, mediante su enviado, Jesucristo.

En el Nuevo Testamento la palabra "mundo", cosmos, aparece con tres significaciones distintas. En unos textos se utiliza con sentido claramente positivo: "Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo" (Jn. 3,15); "No he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo" (Jn. 12,47); "No te pido que los salves del mundo, sino que los libres del mal" (Jn. 17,15); luego "mundo" y "mal" no se identifican. En cambio, en otros, aparece con significado totalmente negativo: "El mundo no lo conoció" (Jn. 1,10); "Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a mí" (Jn. 15,18); "Vosotros no sois del mundo" (Jn. 15,19). En otros, finalmente, se hace con un sentido neutro, como lugar habitado por la humanidad: así, se compara a un campo en el que hay trigo y cizaña (Mt. 13,38). Los tres sentidos aparecen en aquella frase del Prólogo de San Juan: "El estaba en el mundo y el mundo fué hecho por El y el mundo no le conoció" (1,10).

En la teología de San Pablo, la salvación de Jesús se extiende no solamente a los hombres sino a las cosas y a las fuerzas cósmicas. El cosmos pertenece a Jesús -- por un triple título: la Encarnación, la Redención y la Resurrección. En virtud de la Encarnación, porque Jesús, por su naturaleza, es origen, sustentador y fin de todas las criaturas: "El es la imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque en El fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades. Todo fué creado por El y para El. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El" (Cl. 1,15-17). En virtud de la Redención, porque, con su sangre, Jesús ha reconciliado el Universo con Dios Padre: "Porque agradó a Dios -- hacer habitar en Él toda la plenitud, y por El reconciliar todas las cosas consigo, tanto las de la tierra como las del cielo, estableciendo la paz por la sangre de su cruz" (Cl. 1,19-20). Y en virtud de la Redención, porque, a partir de ella, Jesús ha recibido la soberanía cósmica absoluta: "para que veais... cuál es la excelsa grandeza de su poder con nosotros los creyentes, conforme a la eficacia de -- su vigoroso poder, desplegado en Cristo al resucitarle de entre los muertos y sentarle a su derecha en el cielo, por encima de todo principado, potestad, virtud, -- dominación y de toda otra criatura, que tenga nombre, no sólo en este mundo, sino también en el venidero. Todas las cosas ha puesto bajo sus pies, y le constituyó cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su Cuerpo, la plenitud del que lo llena todo" (Ef. 1,13-23).

Tampoco en el interior del hombre admite el Nuevo Testamento ningún dualismo propiamente dicho. Lo mismo que en el Antiguo, el hombre es concebido como una unidad con distintos aspectos: el espíritu (pneuma), la inteligencia (nus), el alma (psyjé), el cuerpo (soma), y la carne (sarx). El predominio de alguno de ellos, puede calificar la consideración del hombre, pero sin que se contrapongan entre sí. Por eso San Pablo, en total disconformidad con el platonismo, afirma que el hombre no desea ser separado del cuerpo, sino que su cuerpo adquiriera la inmortalidad: "Porque los que estamos en esta tienda de campaña, gemimos oprimidos, pues no querríamos ser desnudados, sino revestidos, de modo que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Cr. 5,4). De aquí que la inmortalidad cristiana no sea la del alma separada, sino la resurrección de la carne.

Este optimismo metafísico hizo que la Iglesia se enfrentara desde el primer momento con el naciente Gnosticismo cristiano. Ya en el Nuevo Testamento son varios los textos en que se condena el Gnosticismo:

"El Espíritu dice expresamente que, en los últimos tiempos, algunos renegarán de la fe para adherirse a espíritus mentirosos y a doctrinas diabólicas, seducidos por mentirosos hipócritas marcados a fuego en sus conciencias: esas gentes prohíben el matrimonio y el uso de alimentos, que Dios ha creado para ser tomados con acción de gracias por los creyentes, y por los que tienen conocimiento de la verdad. Porque todo lo que Dios ha creado es bueno, y ningún alimento ha de proibirse, si se toma con acción de gracias: la palabra de Dios y la plegaria lo santifican" (1 Tm. 4,1-5)

Con razón se ha escrito que "la primera gran lucha doctrinal de la Iglesia no ha sido contra los negadores de Dios, sino contra los negadores del mundo; y su primera gran victoria, hoy casi olvidada en nuestras sumas teológicas, ha consistido en salvar la tierra".

La primera gran ola de Gnosticismo abarca, con matices distintos, los cuatro primeros siglos de la Iglesia. La combaten Padres y Concilios, y su derrota final puede simbolizarse en la conversión de San Agustín (387), que había pertenecido en su juventud a una de las sectas gnósticas, el Maniqueísmo. Una segunda oleada gnóstica invade, sin que sepamos bien por qué, la Europa occidental en el siglo XII, originando el gran movimiento popular de los cátaros y albigenses.

Contra ellos, el Concilio IV de Letrán (1.215), definió la posición católica afirmando que Dios es el creador de todas las cosas, tanto las visibles como las invisibles, las espirituales como las corporales, y que incluso los demonios fueron creados buenos por naturaleza, aunque se pervirtieron después.

El optimismo cristiano recibe su formulación metafísica en la filosofía de Santo Tomás de Aquino, gracias a la utilización de la metafísica aristotélica, mucho más monista que la platónica. Al comienzo de la Summa Teológica establece este axioma: "Intantum est aliquid bonum, inquantum est ens", en tanto es algo bueno, en cuanto que es ser. Y junto a él, la equivalente tesis de la positividad de la acción en su más amplio sentido: "Intantum autem unumquodque est perfectum, inquantum est in actu", en tanto una cosa es perfecta, en cuanto que es acto. Para Tomás de Aquino, el mal no tiene entidad, no es ser, sino mera negación, o más exactamente, mera privación. Dos siglos después, el Concilio de Florencia (1.442) enseñará que "el mal no tiene ninguna naturaleza, porque toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena".

No menos terminante es Santo Tomás en negar todo dualismo natural interior al hombre. Frente a todo platonismo, afirma enérgicamente que para el alma humana es un estado más ventajoso y conveniente el de unión con el cuerpo, que el de separación de él. No todos los grandes teólogos posteriores permanecieron fieles a este completo monismo tomista: Escoto deja la cuestión, por lo menos, dudosa, y Francisco Suárez mantiene la opinión contraria a la de Santo Tomás: "el estado de separación del cuerpo, aunque menos natural, es, sin embargo, más conveniente para el alma, porque es "más espiritual y más libre del peso del cuerpo". Y de todos es sabido que los escritores ascéticos y místicos platonizan con frecuencia hablando de "esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida",

Pero este optimismo bíblico, ya lo hemos dicho, no es el ingenuo optimismo progresista, sino que es un optimismo ambiguo. A pesar de admitir que el ser y el bien se identifican, la Biblia y la Iglesia reconocen esa tremenda realidad misteriosa que es el Mal. Para comprender la naturaleza del mal y cómo puede surgir en un cosmos intrínsecamente bueno, hemos de considerar previamente el concepto bíblico del trabajo.

A la concepción optimista del mundo, corresponde, claro es, en la Biblia, una concepción optimista de la relación del hombre con el resto del mundo, es decir, una concepción optimista del trabajo.

Dios mismo aparece como el supremo trabajador: "Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo", dice Jesús (Jn. 5,17). Y el Génesis se abre con el relato de la gran tarea divina de sacar el Cosmos del caos. Día tras día van surgiendo del abismo y de las tinieblas, la luz, el firmamento, la tierra seca, los vegetales, los astros, los animales y, finalmente, a imagen y semejanza de Dios, el hombre. Y desde el primer momento, Dios impone al hombre como ley de su existencia, el trabajo en todas sus modalidades.

San Juan Crisóstomo ha insistido en el significado profundo que tiene el que el texto del Génesis vincule la afirmación de que el hombre es imagen de Dios, con la afirmación de que está destinado a dominar "los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y las bestias de la tierra". Parece como si uno de los caracteres fundamentales de la semejanza del hombre con Dios fuera este dominio que ha de realizar mediante el trabajo sobre los seres inferiores.

Antes, pues, del pecado, el hombre aparece creado por Dios para la técnica: "Dios tomó al hombre y le colocó en el jardín de Edén para que lo cultivase" (Gn, 2,15) Para la ciencia: "El hombre dió nombre a todos los animales y pájaros del cielo y a todas las bestias salvajes" (2,20). Y para la sociedad: "Sed fecundos, multiplicad, llenad la tierra y sometedla" (1,28). Yavé ordena a su pueblo que durante los seis días laborables de la semana "trabajé y realice su obra"(Ex.20,9) Isaías afirma que el cultivo de la tierra ha sido enseñado al hombre por Dios (28,26). En los Proverbios se hace una censura constante del perezoso (6,6-11; 20,4-13, etc.). El trabajo social de crear una familia, gobernar un pueblo, hacer la guerra, aparece dirigido directamente por Dios. Y la cima de los trabajadores de Israel es ocupada por los sabios y los profetas, que ejercen el trabajo intelectual del pensamiento y la enseñanza.

No otra es la actitud del Nuevo Testamento respecto del trabajo. La primacía, claro está, la tiene el trabajo apostólico, la evangelización. Pero por las palabras de Jesús. desfilan, finamente observadas, todas las profesiones: escribas,

magistrados, médicos, arquitectos, sembradores, segadores, viñadores, pescadores, hilanderas, pastores, posaderos, banqueros, cobradores de tributos... San Pablo, juntamente con su calidad de maestro de la Ley, resalta su trabajo manual de tejedor de tiendas, y ordena a los tesalonicenses que "trabajen con sus manos" (1 Ts. 4,11), y establece la norma rotunda de que "si alguno no trabaja, que no coma" (2 Ts. 3,10).

Sin embargo, frente a esta exaltación del aspecto positivo que tiene la relación del hombre con el mundo, frente a esta exaltación del trabajo, la Biblia, en ambos Testamentos, subraya también la posibilidad del mal, la posibilidad del pecado. A lo largo de toda la Sagrada Escritura, la acción del hombre aparece como ambigua: capaz de bondad y capaz de pecado; capaz de llevar el hombre hacia Dios y capaz de alejarle de Él.

Podría ser muy instructivo, si pudiesemos hacerlo ahora, ir señalando la curiosa ambigüedad que aparece en la Biblia al referirse a todas las formas del trabajo humano: el intelectual, el social y el manual.

Así, mientras que, por una parte, nos presenta la sabiduría como la suprema gracia que Yavé concede a Salomón y a todos los sabios de Israel, se insiste también, por otra parte, en los peligros de un ansia desordenada de saber.

Ambigüedad semejante encontramos respecto del trabajo social, sobre todo referida al gobierno de los pueblos. Dios suscita a los jefes de Israel; sus reyes son ungidos con el óleo sagrado; realiza prodigios para obligar a Egipto a que respete la autodeterminación de la minoría israelita; inspira a los profetas que hablen sobre la conveniencia o inconveniencia de las alianzas internacionales; bendice la rebelión de los macabeos... Pero frente a ello condena insistentemente la soberbia de los poderosos y señala los peligros de la tiranía. Jesús mismo ironiza sobre los tiranos de su tiempo: "Los reyes de las naciones nos oprimen y los que las dominan se hacen llamar bienhechores" (Lc. 22,25).

En cuanto al trabajo manual, encontramos también idéntica ambigüedad al referirse a su fruto, los bienes de la tierra. De una parte, en efecto, el Antiguo Testamento da gracias a Dios por las buenas cosechas y regula los deberes económicos; en el Nuevo Testamento, Jesús afirma que el trabajador tiene derecho a su salario (Lc. 10,7), y San Pablo establece el derecho del hombre al fruto de sus esfuerzos (1 Cr. 9,7 y 10). De otra parte, sin embargo, no es necesario recordar la insistencia de ambos Testamentos en poner en guardia respecto a los peligros del amontonamiento de bienes terrenos. Intentemos llegar a la raíz de esta ambigüedad que la Biblia establece en la relación del hombre con el mundo. Vamos a preguntarnos donde está, según la Biblia, el criterio último que separa el bien del mal.

Si analizamos las afirmaciones de ambos Testamentos sobre el pecado, nos encontramos con una afirmación impresionante: la esencia del pecado está, para la Biblia, en que el hombre se considere a sí mismo un dios. Los textos son numerosos y magníficos. Ya la serpiente formula así la tentación: "sereis semejantes a dioses, concededores del bien y del mal" (Gn. 3,5). Más adelante nos re-

lata el Génesis la historia de los constructores de Babel: (11, 4-7).

De un modo semejante, los profetas ironizan atrozmente sobre los grandes soberanos de su tiempo. Así, Isaías anuncia la caída del rey de Babilonia: 14,4-15.

Y en tono semejante, Ezequiel proclama la caída del rey de Tiro: 28, 1-10.

Ya en el Nuevo Testamento, San Pablo atribuyó la causa última de toda la corrupción moral del paganismo, al orgullo intelectual de sus sabios, que se han negado a reconocer a Dios: "... habiendo conocido a Dios, no le han dado gloria y acción de gracias como a Dios, sino que se han envanecido en sus razonamientos, y se ha oscurecido su necio corazón. Llámense sabios, se han hecho insensatos..." (Rm. 1,21-22).

Ahora bien: si continuamos profundizando en el pensamiento bíblico, nos encontramos con un hecho singular. Y es que, si es muy cierto que el creerse igual a Dios es, para la Biblia, la esencia misma del pecado, no es menos cierto que, en contraposición, el ansia de ver a Dios cara a cara, de estar junto a El para siempre, es el móvil escondido y último de toda la santidad bíblica, oscuro aún en el Antiguo Testamento, porque no se ve la posibilidad de alcanzarlo, pero plénamente manifiesto en el Nuevo.

Ya en el Exodo, Moisés hace a Yavé esta insólita petición: "Te lo ruego, hazme ver tu gloria" (34,18). Y el salmista clama: 16,8-11.

Los textos del Nuevo Testamento son numerosos. Jesús promete a los limpios de corazón que "verán a Dios" (Mt. 5,8). San Pablo, en un texto famoso, compara el conocimiento de Dios en la vida presente con el que tendremos en la vida futura: "Porque hoy vemos mediante un espejo en enigma, pero entonces, cara a cara; hoy conozco imperfectamente, entonces conoceré como soy conocido" (1 Cr. 13,12). En la Epístola a los Hebreos se dice: "Buscad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (12,14). En el Apocalipsis se afirma que, en la Jerusalén mesiánica, los servidores de Dios "verán su rostro, y su nombre estará sobre sus frentes" (22,4). En la primera Epístola de San Juan se lee: "Nosotros sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal como es" (3,2).

Apoyándose en estos textos, la teología cristiana ha visto el secreto último del ser del hombre en su ansia de Dios. A ello responde la concepción abisal de la persona humana en San Agustín: "¿Hay, acaso, abismo más profundo que la conciencia humana?"; "¿no creéis que la profundidad del hombre es tal, que es al hombre mismo en quien está?", se pregunta en las "Enarraciones in Psalmos". Y en un célebre pasaje de las Confesiones, nos da la clave de este abismo humano: "Nos has hecho para Tí, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Tí".

Santo Tomás --para no citar sino las cimas de la teología--, escribe en idéntico sentido, aunque es muy diferente lenguaje: "El objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal, del mismo modo que el objeto del entendimiento es la verdad universal. De donde se deduce que nada puede satisfa-

cer la voluntad del hombre sino el bien universal. El cual no se encuentra en nada creado, sino solamente en Dios, porque toda creatura tiene una bondad participada. Luego sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre".

4. REFLEXION TEOLOGICA

Vamos a resumir brevemente la reflexión teológica sobre el concepto cristiano del trabajo que nos inspira la doctrina bíblica que acabamos de examinar.

¿Qué puesto ocupa la relación con el mundo, es decir, el trabajo, en el camino que lleva al hombre hacia Dios? ¿No siente el hombre encaminarse a Dios directamente, prescindiendo en lo posible del mundo? ¿De qué modo favorece el encuentro del hombre con Dios sus relaciones de trabajo intelectual, social, manual con los demás hombres y con las cosas?

La respuesta a esta pregunta es la siguiente: la búsqueda y aproximación del hombre a Dios no se realiza solamente en el plano psicológico, sino también en el de su perfeccionamiento esencial. Es decir, que el hombre se acerca a Dios, no solamente cuando se dirige directamente a El, sino en la medida en que perfecciona su propio ser, puesto que Dios es el Ser perfecto. Pero precisamente la perfección del hombre está en ejercer debidamente sus actividades de conocimiento, de amor, de elección y de acción sobre el mundo. Es decir, el hombre se perfecciona abriéndose a los demás hombres y a las cosas, abriéndose a la realidad.

Y este perfeccionamiento de su naturaleza aumenta en el hombre, a su vez, su ansia más profunda, su deseo del Ser Absoluto, del Ser Infinito, Porque en su contacto con las cosas, el hombre descubre más perfectamente los límites de su propio ser y de todos los demás seres finitos.

Por eso, la Religión no tendrá, a la larga, nada que temer del progreso científico y técnico bien planteado. Al contrario, el progreso auténtico revelará al hombre, cada vez más claramente, la insuficiencia del mundo. Porque mientras queden obstáculos materiales por superar, el hombre puede ilusionarse pensando que la victoria sobre ellos resolverá sus problemas esenciales. Pero en día que los obstáculos materiales más urgentes queden superados, el hombre descubrirá que subsisten en su interior una serie de ansias y de exigencias que el mundo no puede resolver.

No podemos, sin embargo, desconocer los graves peligros que un progreso científico y técnico mal entendidos pueden traer a la humanidad. Tales peligros proceden de una raíz única: que no se comprenda el progreso humano como una humilde apertura al ser, es decir, a la verdad, sino como una superficial actitud de dominio. En esta última posición, el hombre no pregunta, sino que impone. No interroga al ser, no busca la verdad, sino que la maneja. Y entonces no puede descubrir su propia limitación, sino que juega a sentirse un pequeño Dios. Una visión del mundo puramente dominadora conduciría a la superficialidad, el orgullo, y, finalmente, la autodestrucción. El hombre se haría incapaz de co-

nocerse a sí mismo y a los demás, y de conocer a Dios. Trataría de manejar a la humanidad y a la naturaleza con vistas, únicamente, al bienestar material. Desconocería a la persona y la convertiría en mero instrumento de la técnica. Perfeccionaría los medios e ignoraría los fines. Concebida así la ciencia y la técnica, llevaría consigo la posesión del mundo por el ansia de tener, el odio y el miedo.

Vemos, pues, con claridad, cuál es la auténtica actitud del hombre ante el mundo: abrirse humildemente a la verdad y al amor de los hombres y de la naturaleza, y, mediante ellos, abrirse al conocimiento y al amor de Dios. Y entonces, estructurar el mundo de tal modo que le sea más fácil a todos los hombres realizar esta misma apertura intelectual y afectiva hacia el prójimo y hacia Dios.

5. EL TRABAJO ESTUDIANTIL

Tratemos ahora de aplicar cuanto llevamos dicho, al trabajo estudiantil.

Para definir la naturaleza específica del trabajo del estudiante, es preciso tener muy en cuenta su doble dimensión temporal: su dimensión de presente y su dimensión de futuro. El estudiante, tanto por las condiciones propias de su edad normal, cuanto por las condiciones propias de su trabajo, está viviendo una etapa de preparación.

¿Qué significa exactamente "prepararse"? No basta con decir que es una etapa provisional o pasajera, puesto que toda la vida del hombre es provisional y pasajera. El concepto de preparación implica la idea de que a la etapa actual va a seguir otra de mayor plenitud.

Refiriendonos directamente al trabajo, diremos que el estudiante es una preparación, en cuanto que, mediante él, podrá alcanzar la plenitud del trabajo adulto.

Es decir, que el trabajo estudiantil, el trabajo social, y el trabajo técnico del adulto, tienen una eficacia transformadora del hombre y del mundo, más plena que los del estudiante. Y que el estudiante, con su actual trabajo estudiantil, social y técnico, se dispone para alcanzar esa plenitud del adulto.

Un primer error estaría, pues, en olvidar este carácter de preparación. Nada más infecundo, nada que esterilice más rápidamente los movimientos juveniles que el cerrarse a su juvenilidad y perder el sentido de futuro. La etapa juvenil de la vida tiene una serie de atractivos que explica la tentación de no querer abandonarla. Pero tal actitud implica una deserción de nuestra tarea de hombres. Un adolescente a destiempo es siempre un frustrado.

Pero si no puede olvidarse este carácter de preparación propio del trabajo estudiantil, tampoco puede olvidarse su dimensión de presente. No es posible prepararse para un trabajo intelectual adulto sino mediante un trabajo intelectual juvenil; no es posible prepararse para un trabajo social adulto sino mediante un trabajo social juvenil; no es posible prepararse para un trabajo téc-

nico adulto sino mediante un trabajo técnico juvenil.

Examinemos brevemente los caracteres propios del trabajo estudiantil en cada / uno de estos aspectos:

a) el trabajo intelectual. El trabajo intelectual adulto es, necesariamente, un trabajo especializado. No es posible desarrollar la plena eficacia de un sólo trabajo sin especializarlo. En cambio, el trabajo estudiantil del estudiante, / debe tener un cierto carácter de universalidad. Sólomente puede llegarse de / un modo fecundo a una especialización eficaz, caminando en círculos concéntricos, desde la más amplia visión de la cultura y del hombre.

b) trabajo social. El estudiante pertenece a comunidades a las que pertenece también el adulto: familia, nación, sociedad internacional. Pero pertenece también a una comunidad que le es propia: la comunidad estudiantil. En las primeras comunidades, su trabajo ha de ser de aprendizaje. Ha de irse iniciando / progresivamente en la comprensión de lo que significa estar llamado a ser jefe de una familia y miembro adulto de las comunidades públicas. Pero en la comunidad estudiantil tiene un papel de miembro adulto. Y es en esa comunidad / estudiantil donde el estudiante debe iniciarse en las responsabilidades sociales. Participando del gobierno y de la formación de una opinión pública en la comunidad estudiantil, aprenderá sus deberes de miembro de las grandes comunidades sociales. En el intercambio con las comunidades estudiantiles de otros / países, aprenderá a incorporarse a la comunidad internacional.

c) trabajo técnico. Hay estudiantes que están llamados a ejercer como adultos un trabajo técnico. Para ellos será más imperiosa que para nadie la necesidad de una buena formación cultural en el periodo estudiantil, ya que el trabajo / técnico es relativamente pobre de contenido humanístico.

Pero, en cambio, hay otros estudiantes que no están llamados a profesiones / técnicas. A ellos corresponde aprender durante su época de estudiantes la "resistencia de la materia". Creo que es un contrapeso indispensable al trabajo / puramente teórico, haber conocido en el trabajo técnico y manual las condiciones elementales, con sus poderes y sus resistencias, que nuestro propio cuerpo y las cosas externas presentan a la acción del hombre.

Finalmente, sería preciso hablar del trabajo estrictamente religioso. El estudiante ha de cultivar la doble dimensión del trabajo contemplativo y del trabajo social que el Cristianismo propone al hombre en la vida de oración y en / la vida de la Iglesia.